

Marzia se apoyó sobre la barandilla del barco. Contemplaba el azul profundo, casi negro, del mar; la multitud bulliciosa que abarrotaba el muelle, el ondear de los pañuelos blancos que acompañaban los llantos, las sonrisas y los últimos saludos, ahogados por el estruendo de la banda, que tocaba una marcha triunfal. Oía los gritos y los aplausos. A sus pies, el mar empezó a borbotar cubriendo de espuma el verde oscuro del agua. El barco anunció la maniobra de alejamiento con tres toques de sirena, y empezó a separarse del embarcadero poco a poco. Desde tierra dos marineros arrojaron los amarres de atraque, que fueron a parar al mar, y que luego repescaron, chorreantes, desde la nave. Alrededor de Marzia, que se había apoyado con todo su peso en la barandilla pintada

de blanco, la multitud empezó a agitarse, azotada por una violenta sacudida; los hombres se apiñaron gritando el último saludo a unas mujeres llorosas que se tapaban la boca con pañuelos, y a unas madres que sonreían, entre esperanzadas y tristes, con sus hijos pequeños en brazos, mientras agitaban banderitas y pañuelos recién estrenados, en medio de una barahúnda de gritos, gestos y empellones. Varios jóvenes se despedían desesperados y pronunciaban a voz en grito los nombres de sus parientes y amigos, recordándoles que les escribiesen cuanto antes. Marzia los escuchaba, no tenía que decir adiós a nadie, porque nadie la había acompañado al puerto; miraba casi con indiferencia sus zapatos rojos, que asomaban por la barandilla, pensando en lo que podía suceder en caso de que cayesen al agua.

A medida que el barco se adentraba en el mar, la multitud que estaba en el muelle se fue convirtiendo en una pequeña mancha coloreada y la música, cada vez más débil, quedó ahogada por el ruido de los motores y el rumor de las olas que chocaban contra el vientre del transatlántico, diez metros más abajo. El humo negro se fue desvaneciendo hasta desaparecer en el azul del cielo, y las sirenas, con una cadencia de tres silbatos, lanzaron su último saludo. En apenas una hora, la costa quebrada de Génova acabaría perdiéndose en el horizonte, se difuminaría progresivamente en la neblina, como si la hubiesen pintado a pastel. A medida que el mar se ensanchaba todo se tornaba silencioso y pálido. Remoto.

Durante la travesía, Marzia pasó horas y horas en la cubierta del barco con la mirada perdida en el horizonte.

Echada en la tumbona, cara al cielo, miraba las nubes hinchadas que la acompañaban en su viaje, envuelta en una manta para protegerse del viento, que la despeinaba y le pegaba la falda a las piernas. Mientras veía cómo se alejaba la costa intentaba, angustiada, recordar los días pasados para no olvidarlos nunca más. Grabarlos en su mente al igual que el día del adiós, cuando comprendió con toda claridad que su juventud había llegado a su fin y que había iniciado una nueva vida.

Mientras miraba a lo lejos Marzia sintió que el viento, que olía a sal, le traía el aroma de un cigarrillo. Alzó la cabeza y se volvió. Vio a su lado a un joven alto, con el pelo largo y rubio. Sonreía. Tenía los dientes blancos y los ojos pequeños.

—¿Cómo se puede estar triste delante de un mar tan hermoso? —gritó el desconocido al viento. El balanceo lo obligaba a abrir las piernas para mantenerse de pie—. ¡Cuando se parte se inicia una nueva vida! —añadió con una sonrisa que no manifestaba ni alegría ni melancolía. A Marzia le pareció ver una especie de magulladura en su rostro. El joven esperó a que la muchacha de aire infantil, pero bella como una mujer madura, le respondiese. Tiró el cigarrillo con un ademán de la mano y el viento se llevó la colilla roja que, tras dibujar una breve parábola, desapareció en la nada.

Marzia recordó las palabras de su abuela. «El tiempo se escabulle de las manos. No lo persigas, se mofará de ti —le repetía a menudo—. ¡El destino es un círculo que acaba cerrándose siempre! Aférrate a los recuerdos, incluso a

los más banales. Nadie te podrá arrancar los que conserves en tu corazón».

Sin responder, bajó la mirada y se alejó del joven deslizándose la mano por la barandilla; como hacen los niños cuando vuelven a casa, acalorados y cansados de jugar, arrastrando los dedos por la pared.

1

El encuentro

La noche del 21 de junio de 1946 Marzia caminaba al lado de su madre por una avenida de plátanos; unas grandes velas encendidas dentro de unos recipientes de terracota y colocadas entre un tronco y otro marcaban el margen del camino. Recordaba muy bien el día de ese cumpleaños. El aire perfumado con la esencia a limón y geranio que los anfitriones habían quemado para mantener alejados a los mosquitos. Era el primer día de verano después de una larga y fría primavera que había dejado a sus espaldas los recuerdos y los restos de la guerra.

Marzia llevaba un vestido ligero con la falda a pliegues, los pies calzados con el par de sandalias negras que se había comprado para la ocasión, una rebeca azul echada sobre los hombros, y el pelo recogido detrás de la nuca.

Los hombres que pasaban por su lado le sonreían maliciosos, algunos incluso se volvían para saludarla. La madre y la hija se miraban asombradas, con complicidad. Se preguntaban quién sería toda esa gente que parecía conocerlas, simulando un embarazo no exento de cierto placer. Marzia oía a lo lejos la música que invitaba a la fiesta. En el aire flotaba el aroma de la carne a la parrilla, del trigo recién segado, de la tierra caliente, del polvo y de los rastros calcinados. La luz de las velas hacía temblar las sombras entre las hojas de los plátanos, que parecían los bastidores de un teatro, dejando, a los que pasaban por allí, la sensación de que cualquier demonio podía salir de repente de detrás de un tronco. Una nube gris se elevaba por encima de la casa principal de la familia Marra, y se deshinchaba después en el cielo oscuro.

Marzia interiorizaba con agrado las voces risueñas de la gente, la música de los violines, y el aroma de la noche y de la hierba recién cortada, con el entusiasmo inocente del que descubre el mundo por primera vez. No hablaba mucho. Prestaba atención a los ruidos y a los sonidos de las cosas que la rodeaban. Desde que había salido del colegio suizo ya no miraba el mundo con los ojos de una niña. Cada árbol, cada piedra, las sombras de las cosas, la luz del fuego, todo la maravillaba. Caminar al lado de su madre era un motivo de alegría, al igual que cogerla del brazo y estrecharla contra su cuerpo: cuánto había anhelado hacerlo durante los largos días del internado. Mientras avanzaba en la oscuridad volvió a experimentar la sensación de vacío que sentía desde hacía varios

meses. Era una imagen, una idea, similar a la cavidad de una mano lista para acoger algo que todavía carecía de nombre, semejante a una caricia fallida. Experimentó el deseo voluptuoso de abandonarse a la noche para que esta la rodease con sus brazos oscuros y, mientras pensaba en ello, agachó la cabeza y se reajustó la rebeca azul sobre los hombros como si un repentino escalofrío le hubiese atravesado la espalda.

—Procura comportarte bien, ¿me entiendes? ¡Es tu primera fiesta! Si bien eres ya mayor, no has dejado del todo de ser una niña —decía su madre en voz baja, casi susurrando—. Diviértete, sé cordial con todos, incluso con la festejada, aunque a esa loca de Emma... te lo ruego... intenta no darle demasiadas confianzas... ¡ya sabes lo que dicen de ella! Y tampoco hagas caso de lo que te ha dicho tu padre, por favor —proseguía mientras le apretaba el brazo cada vez con más fuerza. El ruido de la grava pisoteada ahogaba sus voces.

Marzia nunca había visto a Emma. La habían mencionado en casa algunas veces, cuando se chismorreaba a la hora de comer, y lo que habían dicho de ella solo le había despertado una vaga curiosidad, nada más.

Pasaron junto al enorme agujero que una bomba había abierto al lado del jardín, parecía un lago; en el agua estancada croaban hasta reventar las ranas y los sapos.

Habían llegado solas, a bordo del coche que conducía el chófer de la familia y que este había aparcado entre los rastrojos junto a unos cuantos vehículos más. Al entrar en el jardín Marzia observó a la gente que, cogida del brazo,

se saludaba dándose la mano a medida que se acercaba al parque iluminado; pese a que titubeaban, manifestaban a la vez un inmenso deseo de felicidad. Todos sonreían poniendo en evidencia las ganas que tenían de participar por fin en una fiesta, de reunirse y de divertirse después de haber padecido durante varios años el sufrimiento, el miedo, la lejanía, el luto; la vida entre los escombros de un país destrozado.

Marzia entró en el jardín abarrotado de gente. Había velas por todas partes, en el prado, en el secadal y en los balcones. Su luz iluminaba la fachada del edificio, herida por las ráfagas de metrallera que habían dibujado, sobre el enlucido amarillo, una orla de agujeros que atravesaba incluso los postigos de madera.

«¿Será esta la felicidad con la que tanto he soñado?», pensó Marzia. Tenía el don del silencio y una relación especial con la naturaleza. Sabía escuchar los estremecimientos que agitan las copas de los árboles, los leves temblores de los arbustos esparcidos por el campo, los crujidos de la nieve que cae, como una pluma, en el bosque. Era capaz de captar la belleza de los instantes suspendidos que reinan en los momentos de tránsito, cuando el día se despierta entre la noche y el alba. Tenía el don de sentir la naturaleza bañada por el primer rayo de sol, cuando los sueños enmudecen frente a la luz del día y acompañan los trinos de los mirlos. La noche retumbaba en ella como el canto de un ruiseñor escondido en un seto. Había descubierto ese secreto de su alma en Suiza, donde se dedicaba a contemplar durante horas el jardín por el cristal de la ventana,

prisionera de sus sueños, a la espera de que alguien fuese a recogerla y se la llevase de allí para siempre.

Su madre se volvió y la miró inquieta.

—¿Pasa algo?

Marzia sacudió levemente la cabeza, dando a entender que no le sucedía nada. En realidad sonrió a la noche, a sus sombras, a las voces hermanas, al croar de las ranas y de los sapos, y al lamento de los grillos escondidos en la hierba.

De pie, junto a las mesas, un grupo de jóvenes se reía alborotando alrededor de una botella de vino; recordaban a una multitud de mariposas enloquecidas. Marzia se volvió a mirarlos. Una del grupo, vestida con una falda de tenis blanca que apenas le rozaba la rodilla, había echado a correr de un lado para otro descalza y con los zapatos en la mano. Llevaba el pelo suelto y no dejaba de reírse. No era muy alta y su mirada iluminaba la noche. Varios chicos corrían detrás de ella; al final la capturaron gritando, la levantaron a la fuerza, y la llevaron a una silla. Emma, boca abajo sobre los hombros de un chico alto y moreno, pateaba para zafarse de él. Al entrar en el jardín lo primero que se veía eran las piernas desnudas de Emma moviéndose con rapidez. Cuando por fin la pusieron de pie sobre la silla, la joven hizo un gesto de rabia, el movimiento lento propio de las personas bebidas con el que parecen estar espantando a unas moscas impertinentes. Después aplaudió y empezó a lanzar besos a los amigos que la rodeaban, lánguida, con los brazos sueltos, como si pretendiese agradecerles su presencia. Con un vaso en la mano empezó a dar un mitin en medio del prado.

Mientras la observaba Marzia comprendió que esa chica vestida de blanco que gritaba con los zapatos en la mano daba una razón de existir, no solo al jardín, sino también a las personas que la miraban y la perseguían para festejarla. Era una mariposa nocturna que animaba el mundo que la circundaba. La idea enterneció a Marzia privándola de toda defensa.

Sonó una trompeta y dos chicos entraron con un gran paquete rojo atado con un lazo dorado. En una bandeja de plata llevaban, además, sus zapatos. Pidieron silencio y reclamaron la atención de los presentes. Estalló un aplauso. La orquesta tocó una alegre marcha. Los invitados, desperdigados por el prado, se volvieron, callados, hacia la festejada. Movida por un impulso, Marcia se paró a orillas del camino de grava. Su madre se deslizó entre la gente y se detuvo un poco más adelante.

De improviso Emma se volvió, encantada con el regalo, y gritó lanzando los zapatos al aire, igual que se arroja hacia detrás el vaso que se acaba de apurar para atraer a la buena suerte. Uno de los zapatos cayó a los pies de Marzia que, si bien esbozó una ligera sonrisa, no se inclinó para recogerlo.

Emma se dio media vuelta riéndose y tapándose la boca con una mano.

— ¡Perdona! — gritó desde lejos alzando un brazo.

También sus dos amigos se volvieron, miraron a Marzia por un instante, como hechizados, y luego uno de ellos leyó una carta de felicitación dedicada a Emma. Su compañero, sin embargo, miró de nuevo a la chica desconocida que había asistido acompañada de su madre. También

Emma parecía pensativa y, de hecho, se giró un momento y notó que la desconocida que vestía una falda y una rebeca azul la escrutaba con los brazos pegados a la cintura. Se miraron desde lejos y a Marzia empezó a latirle el corazón con una violencia que llegó a causarle vergüenza. Por un instante temió que alguien pudiese notar su emoción, su repentina fragilidad.

Emma, con los pies descalzos sobre la silla, se volvió una vez más y se echó a reír como jamás lo había hecho en toda su vida. También sus amigos se rieron, sorprendidos de esa alegría desenfrenada.

—¡Vamos! —gritó en voz baja la madre de Marzia retrocediendo irritada. Siempre le hablaba con ese tono gélido. Marzia miró por un segundo más la escena, se inclinó furtivamente para recoger la sandalia, procurando que no la vieran, y corrió en pos de su madre, que caminaba ya a cierta distancia de ella. Se estaba divirtiendo, se sentía ligera, y pensó que todo lo que había visto y hecho era un instante de felicidad, uno de esos momentos maravillosos que el mundo solo regala ciertas noches.

Se reunieron en el jardín abarrotado de gente que se saludaba dándose la mano y charlaba por los codos. La madre y la hija no conocían a nadie, miraban en derredor sintiéndose perdidas, un poco temerosas y excitadas; la madre no soltaba a la hija, esa cercanía parecía procurarle el aplomo que le faltaba.

—Esperemos que tu padre no tarde demasiado.

Varias parejas de señores se acercaron sonrientes y se presentaron a las dos mujeres. Los jóvenes bebían

y reían en grupo, lanzando miradas furtivas que iban seguidas de comentarios en voz baja; todos se preguntaban quién podía ser esa joven belleza a la que jamás habían visto.

Marzia vio a una señora anciana que lloraba en tanto que acariciaba el pelo a un jovencuelo sonriente: recordaba haberlo visto ya, cuando era niño, antes de la guerra; la anciana saludó a continuación a un señor de avanzada edad diciéndole: «Pero ¿es que ya no recuerdas quién soy? ¿Tan vieja y tan fea estoy?».

Era una fiesta de gente que se volvía a encontrar después de mucho tiempo, que se abrazaba y sonreía, poco menos que asombrada de encontrarse allí, todavía viva, tras haber sobrevivido a varios años de miseria y hambre.

—¿Se puede saber dónde se ha metido tu padre?
—preguntó impaciente la madre de Marzia.

La joven se encogió levemente de hombros, con las manos en la espalda, y miró en derredor. La pequeña orquesta de cuerda tocaba bajo el pórtico. A poca distancia de ella había una mesa larga, llena de pasteles y de bocadillos dulces. Los camareros, vestidos con librea y guantes, servían vino blanco, torta frita y fiambres, emparedados y pequeños pinchos de carne. Había también bandejas de fruta cortada, con manzanas, peras, fresas y pastas de crema, tartas de chocolate, bombones, y botellas de vino espumoso y champán.

—Menuda manía de grandeza, qué despilfarro, después de todo lo que hemos pasado —comentó su madre.

Cuando uno de los camareros se aproximó a ellas Marzia intentó coger un pastelillo, pero al ver la mirada severa de su madre retiró la mano.

—Cójalo, invita la casa.

Marzia aferró al vuelo dos de chocolate y se lamió los dedos, golosa, mientras su madre se volvía, porque había oído una voz que le resultaba familiar. Detrás de ellas apareció un grupo de personas. Entre ellas se encontraba su marido y Marra, el dueño de la casa, que hablaba con él. Marra era un hombre alto, delgado, con el pelo ligeramente entrecano. No era ni joven ni viejo, pertenecía a esa edad en que los hombres son ya maduros sin haber perdido aún la juventud, en que la vejez todavía parece quedar lejos.

Los ojos de Marchesi resplandecieron. Sonreía exultante. Pretendía comunicar a las dos mujeres, valiéndose de unos gestos que solo los miembros de una familia saben reconocer, que casi lo habían conseguido; de manera que cuando presentó a Marzia y a su esposa a su amigo, lo hizo con el orgullo de un jefe de familia que ve cómo se está materializando el sueño de toda una vida.

Marra sonrió a la joven y saludó a su madre, pero luego se volvió a acercarse de inmediato a la hija de su futuro socio.

—Diecisiete años... —repitió—, felicidades, mi querido Marchesi, tu hija es una flor a punto de abrirse. Tiene un año menos que mi pequeña Emma...

Marra miró fijamente a Marzia a los ojos, de una manera que hizo que esta se bajase de inmediato. Tenía unos ojos brillantes, era tímida, y dueña de una sonrisa encanta-

dora. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente. Con toda naturalidad se lo apartó y se lo colocó detrás de una oreja.

—Apuesto a que habéis visto ya a mi hija, iba por ahí descalza con su regalo, estaba en el jardín. Es la que lleva un vestido blanco y está un poco achispada... ¡Emmmaa, Emmmaa, ven aquí! —gritó Marra—. ¡Loca, más que loca! Le he enseñado a ser libre como un zorro y ahora me doy cuenta de que la jovencita tiene más conchas que un galápago —dijo su padre risueño—. ¡Emma, ven aquí, Emmmaa! —volvió a gritar—. Pero ¿dónde se habrá metido esa locuela...?

Los invitados, que ocupaban el prado, se habían vuelto al oír gritar a Marra con los platos y los vasos en la mano, animados por la música, que sonaba con la ligereza de una brisa nocturna.

Emma se acercó corriendo a su grupo de amigos. Estaba sudada, la melena rubia se le había pegado a la frente dejando a la vista la piel blanca que tenía detrás de la oreja; sus ojos azul oscuro reflejaban el color de la noche.

—¡Aquí estoy! —dijo jadeante.

—Ven, te quiero presentar a mi amigo Marchesi. Ha venido con su esposa y su hija. ¿Te acuerdas de esa niña de la que te hablé...? Bueno, hay que reconocer que Marzia se ha convertido en toda una mujer.

Emma saludó fugazmente al grupo y a continuación, respirando entrecortadamente, miró a los ojos a la joven envuelta en la rebeca azul y con los brazos pegados al cuerpo como si pretendiese protegerse del mundo.

Marzia sintió que los latidos de su corazón se aceleraban, y eso la asustó, pero cuando sus ojos se cruzaron

con los de esa joven menuda un extraño sentimiento de paz y de alegría se apoderó de ella.

—Hola, soy Emma —dijo la muchacha jadeando y tendiéndole una mano.

—Hola —respondió Marzia, y se la apretó sin titubear permitiendo que, por un instante, y pese al embarazo que les causaba tocarse las manos por primera vez, cada una de ellas se pudiese apoderar del calor de la otra. No tuvo miedo de mirarla a los ojos, de escrutarla, quizá con la secreta esperanza de poder ser como un cristal para ella. Las dos se echaron a reír.

Emma tuvo la sensación de que la chica que tenía delante era una mariposa o, mejor dicho, una crisálida a punto de abrir las alas y emprender su primer vuelo.

—¿No vienes con nosotros?

—Quizá necesites esto —respondió Marzia tendiéndole la sandalia.

Su madre se sobresaltó y miró a su hija muy seria, pero se abstuvo de decir nada. Marchesi no entendía una palabra.

—¡Soy el único que sabe que mi hija no está loca!
—exclamó Marra.

Marzia agachó la cabeza y le miró los pies descalzos notando que eran pequeños y muy hermosos. Recoger esa sandalia sin pensárselo dos veces había sido un gesto natural, estaba convencida de que, de una forma u otra, se lo devolvería.

—¡Te cortarás con la hierba! —dijo su padre—. ¡Y como haya algún cristal...!

—¿Y qué se supone que puedo hacer con una sola sandalia? —respondió Emma. Miró a la madre de Marzia que la escrutaba con cara de pocos amigos. Se encogió de hombros—. ¡Gracias, pero no encontraré la otra! ¡Los duendes del bosque roban así! —dijo bromeando distraída, luego se despidió de ellos—. ¡Gracias por haber venido! ¿No os parece que es una bonita fiesta? —Y escapó de nuevo lanzando la sandalia a los arbustos del jardín—. ¡Tened, duendecillos, podéis quedaros con la otra! —gritó divertida.

—Es su fiesta de cumpleaños. ¡Esta noche todo está permitido! —dijo Marra encogiéndose de hombros, contento y resignado a la vez.

Marzia sintió un dolor repentino. Después de mirarla, Emma no le había prestado la menor atención. El suyo era un dolor indefinido, como una fisura, por esa sonrisa no devuelta, por esa indiferencia voluntaria. Y pensar que la había visto por primera vez unos minutos antes, que ni siquiera la conocía.

Mientras se alejaba del grupo Emma se volvió a hurtadillas, como si pretendiese lanzar una última mirada de complicidad a Marzia. Pero Marzia no le correspondió. Su mirada era, por el contrario, seria y meditabunda, la de una persona que observa su rostro reflejado en un espejo.

Emma y sus amigos se habían parado delante de una gran jarra de cristal llena de vino tinto y de trozos de fruta.

—¡No bebas demasiado, a menos que quieras emborracharte!

—Es mi fiesta, ¿no? —replicó Emma con una sonrisa irónica. Chocó su vaso con el de su novio, aunque no lo miró a los ojos.

—¡Eres un cielo! —le dijo Mario apretándole la mano.

—Tus amigos lo dicen también —respondió Emma susurrándole al oído, irritada por el cumplido. A continuación se desasíó de la mano de su novio para coger otro vaso de vino y dio media vuelta—. Esta noche tengo ganas de bailar y de hacer locuras... Lo último que necesito es sentirme como un perro encadenado. Es mi primera fiesta y no quiero que tú me la estropees... ¡No quiero que la gente se aburra! Si no podemos desahogarnos, ¿qué fiesta es? —Y se volvió con una mirada de desafío hacia Mario como si pretendiese decirle: «¿Me entiendes?».

Mario se quedó con el vaso en la mano, inmóvil, pegado a la mesa, mirando alrededor para comprobar si alguien los había oído, en tanto que su novia se alejaba arrastrando a un puñado de amigos que se reían y bromeaban con ella.

—¡No es una noche para novios! —dijo bromeando el padre de Emma a la vez que daba una palmada a Mario en el hombro. Luego pidió al camarero que le sirviese una copa de vino blanco fresco.

Mario apuró de un sorbo el champán. La frente se le perló casi de inmediato de sudor. No respondió al señor Marra, que lo miraba divertido.

—¡La vida está llena de sorpresas, mi querido amigo! Cuando menos te lo esperas el destino te sale al encuentro... Y o te colma de bienes o te arrebató todo.

A la segunda ocurrencia Mario se sirvió otra copa y se la bebió de un trago. No dijo nada, no respondió a las palabras frívolas de Marra; en lugar de eso sonrió con amargura, sentía que el vino le bajaba por el cuerpo como la hoja de un cuchillo, y la risa de Emma, rodeada de sus amigos, que le tomaban el pelo, le dejaba en la carne una sensación de amor doliente. Una mezcla de celos, odio, soledad, amargura y desprecio le turbaba.

— ¡No creas, ni siquiera a mí me resulta fácil! — dijo Marra. Mario sintió crecer en su interior el pesar que le causaba la indiferencia de Emma, el odio por la ironía que subyacía en las palabras de Marra—. En el fondo Emma es un espíritu libre, es un pinzón sin nido. Yo solo espero a que emprenda el vuelo... ¡Y no tardará en hacerlo, ya lo verás! Quizá lo haga de verdad contigo — añadió a modo de consuelo.

Esas palabras fueron, una vez más, como un cuchillo clavado en el costado de Mario, que apretó la copa vacía de forma que, cuando la apoyó en la mesa, el pie se hizo añicos y una pequeña esquirla de cristal le hirió el meñique. La sangre manchó el mantel.

— ¿Y tú? ¿No vas a divertirte con los demás? — preguntó el padre de Marzia a su hija.

— No.

— ¿Por qué no?

— ¡Déjala en paz! — exclamó su madre perentoria—. Está conmigo.

— Pensaba que le gustaría hacerlo, siempre está sola... apartada en su mundo — dijo Marchesi a su esposa en voz baja.

Marzia estaba irritada por el comportamiento y por los pensamientos de su padre, que pretendía que entablase amistad con los amigos de Emma a toda costa; aunque también su madre la sacaba de sus casillas: sus continuas prohibiciones, sus ansiedades y miedos la volvían fría y agria a la vez.

Marra se aproximó.

— Disculpad — dijo —, os traigo dos copas de vino y aprovecho la ocasión para robaros a vuestra hija. Me la llevo a beber algo. Una muchacha tan deliciosa como tú no puede perderse la alegría de una fiesta como esta. Tienes que conocer a algún chico. Ah, si tuviese veinte años menos — dijo dirigiéndose a ella en tanto que le tendía el brazo con una reverencia propia de un minuetto. Mientras hablaba abrazó a Marzia, que se puso roja como un tomate y se echó a reír avergonzada. Cuando se volvió por un instante vio el semblante preocupado de su madre. Su padre, en cambio, estaba radiante y arrastró a su esposa a la mesa abarrotada con los más exquisitos bocados.

— ¿Puedo ofrecerte algo? — preguntó Marra.

— Una naranjada fresca.

— ¡Una naranjada fresca para la señora! — dijo Marra a un camarero que estaba detrás de la mesa—. Los padres son una lata, ¿sabes? — le confió casi en voz baja—. Yo también soy así, para qué te voy a mentir. Mira

a Emma..., es una fuerza de la naturaleza... — Acto seguido suspiró—. Mi pequeña Emma siempre será una joven infeliz, desarmada e infeliz, pese a que tiene un buen caparazón... Oh, aquí está nuestro Mario. Ven aquí, muchacho, quiero que conozcas a Marzia. Recuerda lo que te digo, los novios suelen acabar peleando en las fiestas de sus novias. ¡Espero que esto sirva para calmar tu amargura!

Mario, con una copa en la mano, que había vendado con un pañuelo, escrutó a Marzia y buscó sus ojos desesperado. Marzia se cerró como un erizo. No comprendía esa mirada, que parecía proceder de alguien que buscaba un trozo de roca al que aferrarse para no hundirse.

Cuando le estrechó la mano Mario no soltó de inmediato la presa y, en ese instante, Marzia experimentó el embarazo de tener que responder a su triste mirada. Notó que sus dedos apretaban nerviosos los suyos, e hizo amago de retroceder. Sentía que ese gesto era una petición de auxilio, más que un mudo cumplido.

—Es guapa nuestra Marzia, ¿verdad? —dijo Marra a Mario.

El joven sonrió nervioso, soltó la mano de Marzia y apuró la grapa de un trago.

Emma llegó de repente por detrás.

—¿Ahora te dedicas a coquetear con mis amigas? —preguntó cogiendo a Marzia del brazo para apartarla del grupo—. ¡Los novios son realmente insoportables! ¡Estúpidos e infantiles! —aseguró mirando fijamente a Marzia a los ojos—. ¡Vamos! ¡Ven con nosotros!

Mario tiró la copa al suelo malhumorado. Murmuró una imprecación y se marchó.

La única que se percató de ese gesto violento de dolor fue Marzia. Se volvió por un instante. Los minuetos y las reacciones alteradas de los demás la aturdían; al final se dio media vuelta y buscó con los ojos a su madre, que la seguía continuamente desde lejos, dondequiera que fuese.

—No perdamos tiempo. Hay un montón de chicos guapos. ¡Vamos! ¡Tenemos que romper un montón de corazones! —dijo Emma rompiendo a reír de nuevo.

—¿Y tu novio?

—¿Novio? —La joven se encogió ligeramente de hombros—. Exnovio... ¡a partir de este momento exnovio! —Se rio—. ¿No te gusta? ¡Hace cosquillas! —dijo Emma respondiendo a la mirada de Marzia, que observaba sus pies descalzos—. ¿Por qué no te quitas los zapatos tú también y caminas por la hierba?

Marzia negó con la cabeza.

—Tengo unos pies bonitos, ¿verdad? —dijo estrechándola aún más contra su cuerpo. Marzia sintió su brazo caliente y sudado, el aroma a vainilla que emanaba de su pelo.

Los chicos se acercaron corriendo a las chicas silbando y dando gritos de alegría. Marzia se volvió buscando de nuevo a su madre; luego, con toda naturalidad, rodeó con un brazo la cintura de su amiga y, por primera vez, sonrió a la noche con todo su corazón.

Unos cuantos pasos más atrás Marra contemplaba a las dos jóvenes que caminaban por el jardín mientras se hacían confidencias. Juntas resultaban muy hermosas.

«¡Emma, Emma! Eres una flor del universo, pero en este mundo serás siempre infeliz!», pensó melancólico y pesaroso, con la copa suspendida en el aire. La llegada de Marchesi con su esposa lo sacó de su ensimismamiento. Bebió la copa de champán de un trago.

—¿Y bien? —preguntó Marchesi.

—¡Son dos jóvenes espléndidas! —respondió Marra—. Me gustaría que Marzia durmiese aquí esta noche. Arriba tenemos sitio. Una habitación solo para ella. Podéis venir a recogerla mañana, así estarán juntas y por la noche podréis cenar con nosotros. Mi hija está siempre muy sola.

—¡A mí también me encantaría, de verdad! —contestó Marchesi, quien veía en el interés de Marra por su hija el aceite adecuado para lubricar y eliminar con ello los últimos obstáculos al asunto que le preocupaba realmente—. ¡Así mañana podremos cerrar el trato!

Al oírlo la esposa de Marchesi pellizcó con fuerza el brazo del que iba cogida de su marido. Pese a que sonreía a Marra y se comportaba con naturalidad, en su fuero interno sentía que debía oponerse a toda costa a su invitación.

—Quizá no sea lo más adecuado, no ha traído nada —dijo con una sonrisa grave—. Además, no está acostumbrada a dormir en casa de desconocidos.

—¡¿Desconocidos?! Somos amigos, y ahora también socios. Ya verá como Marzia se encuentra a gusto con nosotros. Los amigos de Emma volverán a sus casas esta noche y Marzia podría hacerle compañía..., siempre y cuando la idea no os moleste.

Marra pronunció las últimas palabras con sinceridad.

— ¡Será un placer y un honor! — exclamó Marchesi alargando el brazo para sustraerse al doloroso ataque de su mujer.

— ¡No me parece conveniente que se quede aquí sola y, como ya os he dicho, no ha traído nada para cambiarse! — insistió la madre —. Quiero que vuelva a casa con nosotros.

— ¡Marzia estará encantada! — la interrumpió Marchesi —. Mañana pasaremos a recogerla y cenaremos aquí.

— ¡En ese caso hasta mañana! Le diré a Marzia que esta noche será nuestra invitada.

Cuando se quedaron a solas durante unos segundos delante de la mesa, fuera del alcance de cualquier mirada indiscreta, la esposa de Marchesi estalló.

— ¿Cómo se te ocurre? — profirió apretando los dientes, furiosa.

— ¡Eres una estúpida! ¡Me has hecho mucho daño! Vosotras, las mujeres, nunca entendéis nada.

Llenaban un plato con lonchas de jamón. Fingían tranquilidad.

— ¿Vendes a tu hija al mejor postor? Pero ¿acaso no has visto cómo la miraba? ¡Marzia no se quedará aquí a dormir, puedes estar seguro!

— Si esta noche no duerme aquí mañana tú haces las maletas y te largas. Es una suerte que Marzia haya venido con nosotros. Lo sabía. ¡Es la clave que necesitaba para concluir este negocio! Mañana por la noche volveré aquí con el contrato. ¡Es vital para nosotros! Justo en este mo-

mento, en que se está decidiendo el futuro de la empresa, ¿lo comprendes o no?

— ¡A mí esa chica no me gusta! Y su padre tampoco. Mejor dicho, él es aún peor. No me fío.

— ¡Por el amor de Dios! ¡Dormiré aquí solo una noche!

— ¡No quiero! ¡Esa loca le hará daño, lo presiento! Marzia no es un juguete o una moneda de cambio. Déjala al margen de tus asuntos.

— Mira quién habla, justo tú, que la abandonaste durante todos esos años en el internado. ¿A qué se debe que ahora te preocupes tanto por su vida?

— ¡Lo hice para tenerla a buen recaudo!

— ¿O para librarte de su presencia? Si el acuerdo salta por uno de tus caprichos maternos te juro que... — Pero no concluyó la frase porque el camarero se acercó con una botella de vino blanco, listo para llenar sus copas. Marchesi tendió el brazo y, con una sonrisa afilada, ofreció la copa—. Mi mujer también quiere — añadió.

Pero su esposa, muy seria, dio media vuelta y se alejó de la mesa. Se sentó sola en medio de un grupo de sillas vacías. Marchesi miró al camarero, que sonreía y los miraba con aire burlón. Bebió su copa apartado, de un solo trago, y se encogió de hombros, como si pretendiese decir que en la vida a las mujeres hay que matarlas tarde o temprano. Acto seguido cogió otras dos copas de una bandeja y las apuró también de golpe.

A la mañana siguiente Marzia se despertó en una habitación grande, luminosa y cálida, con un techo altísimo. Por unos segundos no supo dónde estaba. Se tapó los ojos con un brazo y luego, en el duermevela, miró alrededor a la vez que se movía poco a poco en la cama. El sol entraba en la habitación por las rendijas de una persiana. En la misma había una cómoda, una mesita antigua y un espejo con un marco de madera. Le volvieron a la mente algunas palabras, una botella y unas copas, y luego unas caras confusas y unas sonrisas, gente que bailaba y bebía durante la noche, el jardín, el semblante severo de su madre, la cara enorme y risueña de su padre, los ojos de Emma y, después, un chico que la abrazaba con timidez mientras bailaba con ella. Recordó que había subido las escaleras con Emma, riéndose, mientras la gente seguía brindando por la vida. Tumbada en esa cama blanda, en la que se había despertado, se sentía envuelta en una sensación de dulzura. Tiró de las sábanas hasta la nariz y se dejó invadir por una calma y un placer que nunca había experimentado. Le parecía recordar que alguien, para reírse, la había besado en la boca y le había susurrado las palabras mágicas del príncipe a la bella durmiente del bosque, pero ella no se había despertado y había seguido durmiendo. Todo era muy confuso. Se estiró, se tocó los labios con el dorso de una mano y se restregó los ojos. Solo en ese momento oyó el canto de los mirlos, los mensajeros de la luz, que invitaban al sol a asomarse por encima de las copas de los álamos.

Recordó que había bebido dos copas de vino blanco, y que se había despedido de sus padres desde lejos. El ros-

tro de su madre era severo, parecía ofendida, y se sintió mal por estar allí, echada en esa cama desconocida mientras la memoria sacaba lentamente a flote los fragmentos de la feliz velada. Las sábanas limpias, todavía un poco duras, tenían el aroma del jabón francés.

La invitación a quedarse le había causado placer, aunque al principio se debatía entre el miedo y el deseo de dormir fuera. Solo había cedido al ver la insistencia de Marra, y la insólita condescendencia de su padre, que casi parecía agradecer que, por una noche, durmiese lejos de casa. A Marzia le habían sorprendido incluso sus palabras.

—Mi hija ya es mayor y estoy seguro de que aquí no le sucederá nada.

No recordaba haber oído las palabras de su madre, pero su mirada severa, de reproche, hablaba por sí sola. Mientras los dos hombres la invitaban a quedarse, su madre se había apartado con una copa de vino en la mano. Daba la espalda a la fiesta y, por un momento, Marzia había sentido la tentación de correr a su lado, pero no lo había hecho. Todo había sido tan repentino que ni siquiera había tenido tiempo de pensar, solo había experimentado una gran felicidad. Una ligera embriaguez la había deslumbrado durante esa velada de junio.

Marzia se sentó en la cama, aturdida, le dolía un poco la cabeza. Se miró los pies descalzos y a continuación se puso las sandalias. Había dormido vestida de pies a cabeza. Se sentía como una camiseta arrugada. Buscó el espejo y se miró en él mientras intentaba atusarse el pelo

enmarañado; parecía una gitana. Se restregó los ojos y se pasó la lengua por los labios secos. El cansancio se reflejaba en su cara. Bajó las escaleras y atravesó el pasillo sin cruzarse con nadie. En la sala reinaba un gran silencio, daba la impresión de que la casa había sido abandonada. El viento matutino hinchaba levemente las grandes cortinas como si fuesen las velas de un barco; el sol se reflejaba en el suelo. Caminó vacilante por un momento, luego se detuvo. Se sentía mareada y respiraba con dificultad debido al calor. Buscaba un ruido de sartenes o de platos, una voz que pudiese orientarla en su deambular por esa casa extraña. Una mesa con unos manteles doblados encima era el único indicio que quedaba de la fiesta. Como soldados en miniatura, sobre una mesa de juego había alineadas decenas de copas sucias. No sabía qué hacer, tenía la impresión de ser una actriz de teatro que ha olvidado su papel. El aroma del café recién hecho la guio hasta la cocina. Al entrar vio a Marra, que en ese momento estaba cortando el pan con un largo cuchillo.

—¡Hola, Marzia! —dijo risueño.

—Buenos días —respondió ella de pie en el umbral.

—¿Has dormido bien?

—De maravilla. Estoy un poco mareada. No recuerdo casi nada, pero por lo visto me reí mucho.

—Y bebiste mucho vino.

—No estoy acostumbrada. A saber lo que habrán dicho mis padres.

—Tu padre es un buen padre. Te quiere mucho.

—¿Y Emma?

— Está durmiendo. A ella hay que despertarla a cañonazos.

Solo entonces Marzia se dio cuenta de que Marra estaba hablando en voz baja, como si no quisiese perturbar el silencio o el sueño de una divinidad que yacía en la habitación contigua.

— Te he preparado un poco de leche caliente y mermelada. También hay café.

Marzia sacudió levemente la cabeza sonriendo, sin responder, y se dejó caer en una silla. Permaneció allí, con la mirada perdida en el vacío, como atontada, absorta. Pero en cuanto se recuperó la invadió de nuevo el frenesí que la empujaba a escapar de allí.

Emma bajó un poco más tarde. Se presentó descalza, con unas gafas negras y un camisón transparente que le llegaba hasta la rodilla; tenía el cuerpo y las piernas bronceados. Se detuvo en la puerta.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó en un tono entre alegre e irritado. Alzó las gafas dejando a la vista sus ojos entornados, heridos por la luz, azules como el agua helada.

— Marzia pasará con nosotros todo el día — dijo Marra, que se había sentado frente a la joven y que en ese preciso momento untaba un trozo de pan con mantequilla—. Sus padres vendrán a recogerla esta noche y se quedarán a cenar. Fue idea mía — concluyó.

Emma avanzó por la cocina como si la noticia la dejase indiferente y, para no dar demasiado peso a la novedad, bajó los ojos y empezó a servirse un poco de leche.

Parecía que la luz, la mañana, su padre, Marzia, el mundo entero la irritasen.

Se sentó a la mesa al lado de Marzia, se subió el camisón y se quedó quieta escondiendo los ojos tras las gafas negras, como si estuviese durmiendo. No tocó la leche. Tenía las piernas delgadas, de color terracota, y las rodillas secas. Su piel, desnuda y bronceada por el sol, turbó a Marzia, que no supo explicarse el motivo de su reacción.

Emma permanecía callada como si la habitación estuviese vacía. En realidad miraba a hurtadillas a su amiga, que estaba sentada a su lado. Notó que Marzia era dueña de una rara elegancia en los gestos y en la manera de mover las manos. Seguía inmóvil en un rincón como si fuese un gato callejero que acabase de entrar en una casa nueva. Sus labios eran de color cereza. Se frotaba las piernas con las manos y se retorció los dedos, perdida en una maraña de pensamientos.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó, de improviso, Emma.

—¿Adónde quieres ir?

—¡Al río! Allí se está bien. —Cogió un trozo de pan y lo mordió con todas sus fuerzas acodándose a la mesa.

—El río es bonito —corroboró el padre de Emma—. Yo también voy allí alguna que otra vez. Es un lugar infestado de demonios —añadió risueño— y vosotras seréis las ninfas. ¡Así que tened cuidado, por favor!

Se encendió un cigarrillo y, con la punta del cuchillo, empezó a garabatear sobre la mesa de madera, absorto como si estuviese escribiendo algo.

Emma hizo una mueca de exasperación.

—¡La fiesta de ayer fue realmente estupenda! —dijo Marra.

En ese momento apareció Maria, la camarera rubia. Se movía tan sigilosa como una golondrina en el cielo de marzo. Solo Marra se volvió cuando pasó por detrás de él con una bandeja vacía.

—¿No os pareció una velada especial? —preguntó mientras la camarera empezaba a subir la escalera.

—¿Una velada especial? ¡Un aburrimiento mortal, más bien! ¡Fue aburrida! ¡Terriblemente aburrida! ¡Y yo que me esperaba algo especial para mi decimoctavo cumpleaños! —continuó Emma mirando al frente. Andaba por el camino soleado azotando el aire con un bastón, segando las puntas de la hierba alta que crecía en los márgenes.

—Yo, en cambio, creí que estabas muy a gusto con tus amigos —replicó Marzia que caminaba a su lado.

—¡Si he de serte franca, la verdad es que no me acuerdo de nada! —contestó Emma apoyando un brazo en la frente para protegerse de la luz—. ¡Bebí demasiado!

El canto de las cigarras era incesante, casi obsesivo. Hacía mucho calor y el sol quemaba la piel.

—El vino es así, a veces sirve como excusa para no tener que pensar en lo que uno haya podido decir o hacer. Recuerdo que conseguí zafarme de Mario. Ese muermo me estaba sacando de quicio.

—¿Ya no lo quieres?

Emma resopló.

—¿Quererlo? Jamás lo he querido. Al principio me gustaba, ahora no, eso es todo. Un día sientes una cosa y luego, sin saber por qué, cambias de opinión. ¿Qué puedo hacer? —dijo Emma distraída como si estuviese hablando al tuntún.

Estupefacta, Marzia soltó una carcajada y escupió de forma involuntaria.

Las dos amigas frenaron el paso, se miraron a los ojos, y se echaron a reír a la vez.

Emma comprendió que esa joven tan elegante, que no acababa de encajar en el mundo, la hacía estremecerse.

—Ahora te llevaré a un sitio maravilloso —dijo Emma—. ¡Ven! —Enfiló un sendero entre los árboles que descendía durante una decena de metros. Marzia vio en la penumbra, entre las hojas y las ramas, la mancha verde oscuro de un torrente que fluía cerca de ellas y en el que abundaban los manantiales de agua helada.

—Vamos, nos daremos un baño.

Emma bajó corriendo hasta la orilla.

—Sígueme.

El silencio de última hora de la mañana, sofocante y suspendido, aturdía. A lo lejos se oía la voz débil de un cucú.

—¡Venga, vamos! —repitió Emma impaciente.

—Pero no tengo traje de baño... y, además, no sé nadar...

—Aquí no hace falta el traje de baño y además se hace pie —respondió Emma mientras se desprendía, prime-

ro de la camiseta, y después de la falda. A continuación se quitó lentamente las braguitas blancas observando de reojo a Marzia, que la miraba cohibida desde el otro lado, y empezó a andar como un equilibrista por las piedras ardientes, desnuda de pies a cabeza. Estaba muy delgada; sus costados, sutiles, todavía carecían de las marcas de la madurez, pero tenía un pecho abundante y redondo, que contrastaba con el resto de su cuerpo.

— ¿No te desvististe?

— Jamás me he bañado desnuda — dijo, y estas últimas palabras murieron en sus labios. Se sentía incómoda. Todavía llevaba puesto el vestido de noche y las sandalias negras, una indumentaria ridícula para estar en ese pedregal blanco bajo un calor sofocante. En el internado se bañaban con la enagua y nunca había visto desnuda a ninguna de sus compañeras. Se avergonzó porque Emma era guapísima, una niña con visos de mujer.

— Entonces, ¿qué piensas hacer? ¿No vienes? — repitió Emma intentando salpicar a su amiga.

— ¡Estate quieta, no!

— ¡Vamos!

Emma se sumergió en el agua hasta la barbilla.

— ¡Está helada! ¡Helada!

Marzia sintió que se le aceleraba el corazón. El sol, abrasador, le encendía la cara. Guiñó los ojos. Sentía vergüenza y, a la vez, un profundo estremecimiento de placer que la embriagaba como si hubiese vuelto a beber vino. La idea de que Emma la viese desnuda le causaba una tensión de una intensidad y origen desconocidos. Era algo mara-

villosos y terrible a la vez, un cuchillo que le hacía cosquillas y la hería en las entrañas.

—¿Y si nos ve alguien?

—¡Pero si aquí no hay nadie!

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¡Qué más te da si alguien nos ve, venga ya, vamos a nadar!

Marzia estaba asustada, le parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Jamás había caminado desnuda fuera de una habitación y hacerlo ahora a la luz del sol le habría producido la impresión de que mil ojos la escrutaban. Miraba incesantemente de un lado a otro. Cogió una piedra, se acuchilló y empezó a golpear con ella los guijarros. Hacía calor, sudaba. Tenía ganas de tirarse al agua, pero pensaba en su madre, en lo que diría si se enterase de que ella y Emma se habían bañado completamente desnudas.

Le apetecía desvestirse y entrar en el río, reír y bromear, pero no hizo nada de todo eso. Al contrario, se puso en pie y se alejó de la orilla.

—¿Adónde vas? Vuelve aquí, Marzia.

Era la primera vez que Emma pronunciaba su nombre.

—No quiero bañarme —dijo.

Emma siguió nadando, alzando el agua con la mano, gritando y echándose hacia atrás. Entonó una melodía tonta, infantil.

Marzia estaba furiosa consigo misma. Le habría encantado meterse en el agua con ella, pero, en lugar de eso, cogió un palo, lo lanzó y volvió a sentarse al sol junto a la

orilla. Deseaba volver a ver a Emma desnuda, porque su belleza la atraía, si bien ese impulso le causaba también cierto malestar. A medida que aumentaba la excitación más turbada se sentía.

Cuando Emma salió del agua se acercó a Marzia, que seguía sentada sobre las piedras con la barbilla apoyada en las rodillas. Se plantó delante de ella haciéndole sombra. No se dijeron nada. El corazón de Marzia se encogió al sentir la proximidad de su amiga. Emma, desnuda, abrazaba su cuerpo como si se hubiese puesto una toalla. Marzia no se atrevía a alzar la mirada, de manera que su amiga se agachó delante de ella para mirarla a los ojos.

—¿Quieres que nos marchemos? —susurró temblando; su piel olía a barro.

Marzia movió levemente la cabeza y alzó los ojos. Apenas podía respirar, se sentía sacudida por un temblor que nacía en sus entrañas.

Emma se levantó. Fue un instante eterno, el tiempo parecía haberse detenido. Se vistió lentamente. El calor del sol la había secado rápidamente. Subió de nuevo por el sendero, a unos cuantos pasos por delante de Marzia, que la seguía.

Marzia estaba a punto de echarse a llorar, en tanto que su amiga jugaba con un nuevo palo dibujando garabatos en el polvo. Volvieron a casa sin cruzar una sola palabra; el sol de mediodía empezaba su lento descenso vespertino, poblado tan solo por las moscas y las cigarras que limaban la llanura con sus cantos obsesivos.

— ¡Me encantaría que tu hija se quedase unos días más con nosotros! Las dos chicas se han divertido mucho hoy, ¿verdad? ¿Por qué no vienes el mes de julio, Marzia? Estaremos aquí, en el campo. Nos divertiremos — dijo Marra dirigiéndose a Marzia y a su padre. Marchesi se rascó la frente, sonrió y, no sabiendo qué contestar, miró a su hija.

Marzia le suplicó con los ojos, rogándole que dijese que no, pero luego se arrepintió y se ruborizó.

— Tu mujer no quiere, ¿verdad? Ayer me pareció un poco disgustada. Además, ¿por qué no ha venido esta noche? ¿Qué opinas tú, Marzia?

— No, no — apremió el padre de Marzia rodeando con un brazo los hombros de su hija—. Depende de Marzia... sería la primera vez en mucho tiempo que se queda en casa de una amiga después de salir del internado.

— Bueno, ya me lo diréis. La invitación queda en pie. En cuanto a nuestro acuerdo ya hemos resuelto todo. Dentro de unos días te mandaré el contrato a través de mi abogado..., así podremos volver a hablar y concluiremos todo cuando vengas a recoger a Marzia — dijo Marra.

Emma leía tumbada en el sofá, con los pies en alto y la cabeza ladeada. Ella y Marzia no habían vuelto a hablar desde que habían regresado del río. Emma casi parecía molesta por la presencia de esa muchachita melindrosa que ni siquiera tenía valor de bañarse en el río sin ropa. Marzia, en cambio, seguía aturdida por la desnudez de su amiga y por el sol. Las mejillas le ardían. Temía que su padre pudiese leer en su semblante lo que había ocurrido esa tarde.

Marchesi le apretó con fuerza los hombros.

—¿Vamos? —dijo sonriendo a su hija.

—¿No vienes a despedirte, Emma? —gritó Marra.

—Adiós —respondió Emma desde lejos, sin levantarse del sofá.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Marchesi en voz baja.

—No —respondió bruscamente Marzia bajando por un instante los ojos.

—¡Emma, por favor! —gritó de nuevo el padre irritado, dando una patada en el suelo.

Emma llegó arrastrando los pies, medio dormida, con el libro en la mano y un dedo entre las páginas para no perder la señal.

—Adiós —dijo parándose en la puerta. Apoyó un hombro en el marco. Estaba descalza. Se frotó una rodilla con un pie. Llevaba gafas graduadas porque era miope. Su cabellera rubia y su apariencia descuidada le favorecían, estaba guapísima. Daba la impresión de que todavía no se había desprendido de la suciedad y del olor a sol y a barro del río. El color de su piel tenía las tonalidades de la terracota. El padre de Marzia le sonrió.

—Marzia pasará aquí unos días con nosotros. ¡Estaremos bien juntos! Me alegro mucho.

Cuando se despidieron Marzia no miró a Emma a la cara. Su amiga bajó los párpados y se rascó de nuevo los pies frotándolos en las rodillas.

El chófer los estaba esperando. Marzia se acomodó en el coche y apoyó la cabeza en el asiento.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó su padre.

—Sí —respondió Marzia.

—¿Te apetece volver?

—No lo sé —contestó.

Su padre estaba convencido de que el destino de su empresa estaba por completo en manos de su hija.

—Yo tengo que volver por el contrato... —le explicó empleando el tono frío del que habla de negocios—. Se lo comentaré a tu madre. Aquí, en el campo, estarás bien con tu nueva amiga. Emma me parece simpática. Después de tantos años en el internado necesitas distraerte y, sobre todo, separarte de tu madre. Tienes que crecer...

Su padre se volvió hacia ella con una sonrisa sincera en los labios.

El coche se deslizó lentamente sobre la grava. Al pasar por delante de la puerta abierta de la casa Marchesi vio que Emma tiraba al suelo con violencia el libro que estaba leyendo, justo delante de los pies de su padre, que no se inmutó. Marchesi se giró esperando que su hija, que iba sentada en el asiento trasero, no hubiese visto nada.

Marzia recordó la noche anterior, la fiesta y el vino espumoso que le hacía cosquillas en la nariz, el dedo envuelto en el pañuelo manchado de sangre de Mario, el despertar en la habitación, el río, el cuerpo desnudo de Emma, el olor a barro y a tierra. Parecía que hubiese pasado una semana y, en cambio, solo había estado un día con ella. Se habían reído, habían hablado y, luego, se había producido ese largo silencio durante la tarde; Emma se había encerrado en su dormitorio para descansar mientras ella estaba en el jardín, leyendo, irritada por el comportamiento voluble y caprichoso de su amiga.

Apretó los puños entre las piernas y se estiró en el asiento del coche buscando una posición cómoda para poder dormir. Recordó la emoción que había experimentado al ver a su amiga desnuda. La odió al pensar que quizá le habría contado todo a su padre, que tal vez los dos se habrían reído de ella, de su embarazo, de su timidez. No obstante se dio cuenta de que también la añoraba. Cuando estaban juntas se sentía feliz de estar en su compañía, sin más. Mezclada a la sensación de dulzura experimentaba asimismo un sentimiento de rechazo por esa joven frívola que adoraba caminar descalza. Fuese como fuese, el caso era que no dejaba de pensar en ella, en su padre y en la fiesta. Se sentía feliz y cansada, embriagada por el sol y el calor. Qué lejos quedaban ya los fríos días del internado suizo, donde había vivido protegida de la guerra y, sobre todo, de sus padres. Marzia se sintió sola por primera vez, si bien su soledad no tenía nada que ver con la que había sufrido en el colegio.

Al volver a casa su madre la besó con frialdad, sin mirarla a los ojos.

—¿Estás bien? ¿Has pasado una buena noche? —le preguntó como si estuviese hablando del tiempo. Estaba ocupada con el servicio, ordenando el salón. Dos hombres movían los muebles por la estancia obedeciendo a sus caprichos. Una joven doncella limpiaba con un trapo los platos que estaban colgados de la pared y la colección de preciosos jarrones de Murano de principios del siglo xx, amarillos y azules.

—Sí, son buenas personas.

—Jamás lo he dudado —respondió su madre con una ironía cortante mientras volvía a su trabajo mirando alrededor con las manos apoyadas en las caderas. Daba vueltas de un lado a otro de la estancia concentrada en su afán de ordenarla—. De vez en cuando es necesario cambiar —dijo pensando en voz alta sin dirigirse a nadie en particular. Los dos sirvientes la miraban a la espera de una nueva orden, como se mira a un animal raro que se mueve inquieto en su jaula—. La casa no debe ser un lugar rutinario. Coge esa mesa y ponla ahí..., ahora que ha regresado mi hija Marzia... Tú, quita ese jarrón de ahí, por favor...

La joven doncella se volvió titubeante y rozó con el brazo un jarrón que cayó al suelo haciéndose añicos. La muchacha se levantó de golpe tapándose la boca con la mano. La madre de Marzia no dijo nada; la miró, se acercó a ella con gesto resuelto y le soltó una sonora bofetada.

—¡Mañana mismo la quiero fuera de aquí! —dijo con tono helado—. Su sueldo de todo un año no bastaría para comprar uno nuevo.

Marzia contempló inmóvil la escena; comprendía que esa bofetada, en el fondo, estaba destinada a ella y que a su madre el jarrón le importaba un comino.

Esa misma noche Marzia soñó que Emma, desnuda, la abrazaba. Cuando la besó sintió un placer violento, en la parte baja de su vientre, como si le hubiese clavado un puñal en ese punto. Se despertó excitada y turbada, su cuerpo yacía relajado entre las sábanas después de la intensa

sacudida. Se acarició el pecho turgente. No se volvió a adormecer. Jadeaba. Evocó durante mucho tiempo las imágenes del sueño, Emma y sus ojos, el beso que la había hecho despertar empapada en sudor, sus pies descalzos, el baño en el río. Pensó en el aroma del barro y en las piedras cocidas por el sol. Permaneció inmóvil con los ojos abiertos, como una campana que tañe después de haber sido golpeada. Apretó las sábanas con las manos y contempló la noche; la brisa nocturna parecía suspirar dejando sobre su piel y su cuerpo un soplo de infinita dulzura.